Hugo Enrique Boulocq

Enroque en la Ventana

1987

A Mónica

A Nené

"Estamos en este mundo
no cabe duda
hay que hacer algo"
Carlos E. Urquía

"¿Qué será de mí,
extranjero en mi propia patria,
y quemadas las naves de regreso?
¿Qué será de mí?
Francisco Vázquez

NOTICIA BIOBIBLIOGRÁFICA DE HUGO ENRIQUE BOULOCQ

Nació en Buenos Aires, el 18 de octubre de 1952 y falleció el 28 de enero de 2012.

Fue Asistente Técnico de la Provincia de Buenos Aires en el área Talleres Literarios. Fundó y dirigió la revista literaria Ocruxaves y el periódico Prensa Literaria. Fue columnista del periódico Prensa Chica, colaborador de la revista Clepsidra y co-editor de la revista de poesía El barco ebrio.

Reunió sus cuentos publicados en el diario La Prensa, de Buenos Aires, y en las antologías de Ediciones Filofalsía en un libro titulado "*Enroque en la ventana*", editado en 1987. En 2003 publicó su segundo volumen de cuentos "*En la prisión de los bárbaros y otros cuentos*", y en 2008 su tercer libro de cuentos "*Siempre llueven flores en Manantiales*", compuesto por textos premiados en concursos nacionales.

En 2006 publicó "*Breve Teoría y Práctica del Cuento*" en la colección Cuadernillos de Literatura 2005 de S.A.D.E. Delta Bonaerense.

Es coautor junto a Alejandra Murcho de "*Un siglo de Literatura Sanfernandina - Diccionario Comentado de Escritores de San Fernando.1900-2004*", publicado en 2005 y reeditado en 2009, y de "Textos escogidos de la literatura sanfernandina – Cuentos", editado en 2009.

Dirigió el sello editorial Ocruxaves desde 1985.

Fue presidente de la SADE (Sociedad Argentina de Escritores), Seccional Delta Bonaerense, y cofundador del Círculo de Escritores de San Fernando. Integra la Sociedad Patriótica y Cultural “Amistad 25”.

En 2009 fue distinguido con el Premio al Mérito del Ateneo Popular Esteban Echeverría.

En 2010, *Apuntes para una Biografía* de Carlos Enrique Urquía. La vida del poeta Sanfernandino a través de sus libros.

En 2012, unos meses luego de su fallecimiento, Alejandra Murcho concluyó la obra en la que se encontraban trabajando, “*San Fernando de Hoy, Segunda Época Literaria*”.

Más información en www.ocruxaves.com.ar

Esta reedición digital, a Papá, con todo nuestro amor.

Familia Boulocq

El Rescate

I

El muelle de piedra, rociado por la humedad brumosa que el ímpetu de las olas arrojaba desde la rompiente, apenas se distinguía bajo el cielo negro oscuro de la noche estival. A intervalos lo iluminaba el reflejo intenso de las lámparas de aceite encendidas en el castillo de proa de una solitaria fragata fondeada en la rada interior. Con el oleaje, las luces bamboleantes parecían sumergirse en las aguas turbias y agitadas, dejando a esa parte de la ensenada en la penumbra. En la playa, el fuerte resplandor descubría un derruido malecón por el que vagaban unos perros flacos y peludos hundiendo las patas en la resaca, curioseando los peces muertos repartidos por la creciente en la arena manchada de brea y residuos gelatinosos de algas y juncos.

En el cielo se habían formado densos cumulonimbos. Las redondas y compactas masas de nubes inquietas transitaban la cúpula negra hasta el horizonte para terminar confundiéndose con la viva oscuridad de las aguas. Pronto se desató un brusco aguacero sobre el perezoso paisaje de la costa difuminada por la niebla y el polvo, con gotas gruesas y crepitantes, como si fueran de mercurio, que caían verticales sobre la tierra cubierta de marga y arena gruesa, acompañado por truenos y

rayos serpenteantes que se ramificaban y quebraban bajo la bóveda de acero.

El hombre se había sentado sobre las toscas junto a un montículo formado por guijarros, cascajos y basura enmohecida, de espaldas a una fantasmal alameda festoneada por enmarañados ombúes, frutales madroños de sabor meridional y algunos sauces encorvados de azotados ramazones que barrían con sus hojas el polvo grumoso estacionado sobre unos bancos espartanos construidos de ladrillo y barro a la vera del paseo. Podía sentir el gusto de la brisa -mezcla de pescado embarrado y vegetal podrido- en la cara empapada, adherida como rocío al cabello revuelto por el viento cargado de electricidad y a lo que quedaba del tejido azul de la chaqueta de soldado que flotaba encima de una camisa blanca hecha jirones, salpicada con abscesos de suciedad y transpiración. Al cabo de un tiempo terminó por acostumbrarse a la presencia de los perros y al olor penetrante a podredumbre que subía de la marisma impregnando el murallón. Intentaba seguir con la vista entre la bruma los vaivenes de un bote que se acercaba al muelle desde la fragata. La pequeña embarcación luchaba contra la furia de la corriente flotando encaramada sobre las crestas de las olas espumeantes, no muy lejos de la orilla. Supuso que los remeros se estaban guiando por la luz mortecina de la ciudad que sobresalía -vista desde la rada- en lo alto de un promontorio natural unido a la costa desnuda por unas barrancas poco pronunciadas, pero de larga y ondulada pendiente, por donde se descendía directamente a la playa. Cuando acometía la marea, el bote, que navegaba perpendicular a la línea de la costa dando tumbos sobre el río picado, parecía avanzar a mayor velocidad; pero un nuevo

empellón del viento, que bramaba en la rompiente con un sonido hueco y cavernoso, lo arrojaba río afuera haciéndole perder el espacio ganado. Así zarandeada, la pequeña embarcación parecía a punto de zozobrar en las aguas calidad, pero emergía después de cada zambullida bañada por la espuma blanca, cabalgando en línea recta sobre el lomo de las olas oscuras y arrogantes hacia la orilla. Hasta que finalmente, el hombre la vio alcanzar la punta penumbrosa del mulle y cobijarse del viento desatado en ráfagas estrepitosas desde la boca del estuario, a barlovento en el rompeolas, y recorrer la distancia hasta tierra firme en unas pocas brazadas.

Los perros, alertados por el chapoteo de los remos y las voces de los tripulantes del bote que se acercaba, se lanzaron a correr ladrando hacia aquel segmento de la playa que cobraba una vida inusitada: gruñían, daban saltos y movían frenéticamente la cola mientras los hombres trataban de encallar la embarcación en la arena empujándola con los pies metidos en el agua. Se podían oír sus jadeos resonantes exhalados entre quejas y maldiciones: -¡Empujen, maldito sea, vamos, con fuerza!, -¡Está muy pesado el condenado, hay más agua adentro que afuera!-, y, lentamente, el bote, con las paletas de los remos sobrealzadas por la proa, se deslizaba hundiéndose en el suelo blando, y a su paso trazaba un surco aguachento.

Los marinos, chorreando agua como esponjas, trastabillaban, caían y se volvían a incorporar apoyando las palmas de las manos sobre la superficie resbaladiza del bote, y sus músculos se tensaban como cuerdas grasosas cuando arremetían contra la inasible figura erguida que se resistía tercamente a ser movida.

II

La lluvia cesó tan repentinamente como se iniciara, sin agonías ni estertores. Dejó flotando en el aire un deleitoso olor a tierra henchida de humus y savias del trópico que se expandía por el espacio como un fruto encendido de vida, que al madurar destila un dulce zumo rebosante y voluptuoso.

Los hombres terminaron de encallar el bote y se tendieron pesadamente a un costado del muelle, exhaustos por el esfuerzo.

-No hay comité de bienvenida, ¿eh? -ladró uno mientras encendía una pipa de arcilla armada con tabaco moruno, acodándose en la arena tibia.

-Aquí no hay nadie, viejo, esto está muerto -sentenció otro señalando el extremo penumbroso de la playa donde las formas tintineantes de unos casuchos en ruinas se perfilaban entre las tinieblas y los claroscuros.

Alguno reclamó paciencia con un gesto deslucido de beatitud, pero hablaba con la voz débil y quebrada, sin convicción.

Durante el día, una barcaza ligera había estado yendo y viniendo desde la tierra firme a la fragata alborotando a la tripulación de la "Ulises" que cuchicheaba en el alcázar de proa, en los puentes abarrotados, en las amuradas, en el combés, intrigada por la diligencia afectada del capitán, por la sumisa y azorrada obsecuencia del contramaestre, por la amable y fingida cortesía de los oficiales ante aquel hombre pálido y calvo, cuidadosamente vestido y rasurado, que miraba con vivacidad y que parecía estar dotado de una rígida y arrogante dignidad.

Ningún veterano recordaba tanto zafarrancho en las cubiertas, tanto ajetreo en las jarcias, tanto movimiento en las bodegas. Los oficiales habían aullado órdenes tajantes: -¡Astillero! ¡Los cañones, que esto no es un lugre!; ¡Ustedes, haraganes, a fregar los sollados!; ¡Eh, los del pañol, aquí, las municiones!-, y todos habían corrido atareados, convulsionados, ignorantes del motivo de tanto paroxismo.

-¡Es la guerra! -gritaba el cocinero trotando por el vértice del combés.

-¡Otro bloqueo! -clamaba ronco un marinero viejo que reparaba la caña del timón.

-¡Son los franceses! -terciaba un grumete indignado des de la cofa del mastelero.

El contramaestre se había paseado con el carpintero por el castillo de proa dándole instrucciones nerviosas y airadas, dirigiendo cada tanto furtivas miradas al batel solitario y hosco que se alzaba en la cubierta.

El capitán, grave y atento, con las manos entrelazadas a la altura de la cintura por la espalda, había conducido al visitante desde la toldilla hasta su camarote, mientras se oía rodar un eco in crescendo de órdenes que nacían en el primer oficial y morían en el cocinero, aún corriendo con el té para el timonel por la amurada de estribor.

Se habían armado corrillos en el escandalar, aventurándose toda suerte de pálpitos, augurios y presagios; a medida que la tarde maduraba, las versiones y los rumores habían crecido entremezclándose. A la hora del crepúsculo, la incógnita aún permanecía por develar, pero fue entonces cuando el vigía avistó a la otra fragata con las velas hinchadas como mofletes,

arrastrándose con languidez en la bruma azul del horizonte y lo gritó a los cuatro vientos: -¡Allí, a babor!, se alzó un coro de voces y la tripulación en masa corrió a colgarse de las barandillas, de las jarcias, de las brazas.

El capitán había salido como una tromba de su camarote, trepado a los saltos hasta la alta toldilla y desde allí le había gritado al contramaestre: -¡Que preparen el bote!

Cuando el bote zarpó llevándose al capitán y al visitante hacia la fragata que cabeceaba detenida y visible en la rada exterior, en la "Ulises" arreciaron las apuestas y los pronósticos: -Voy doble contra sencillo que lo mandan de nuevo a Inglaterra; -¡Qué va, es la peste! Pero con el correr del tiempo, el nerviosismo y la expectación fueron declinando, y al cabo de unas horas ya nadie se ocupaba del asunto.

En el cielo encapotado se avizoraba el inminente chubasco y gracias al trajín de los preparativos para la tormenta en el puente y en las cubiertas, el regreso silencioso del capitán había pasado desapercibido para la fatigada tripulación. Es posible que nadie hubiese notado a los tres hombres que se introducían con sigilo en el habitáculo del marino, seguidos por un oficial de aspecto malayo y rostro aniñado.

-Traigan a ese hombre con cuidado... ¡Uf! ¡Por todos los cielos!, si no ha hecho más que complicarnos... ¡Uf! Que no le pase nada, ¿oyeron?... van sus cuellos ¡maldito sea! -les había dicho el capitán antes de botarlos en aquellas aguas en ebullición que abrían sus fauces negras y espumeantes para recibirlos.

III

El bote varado en la playa se mecía monótono al compás de una ligera brisa siseante, haciendo crujir la madera de teca despintada. Los perros se habían acercado a olisquear en su interior atraídos por el vaho a pescado rancio que despedía el agua estancada bajo los listones del piso, pero no se atrevían a saltar los bordes los bordes carcomidos por el juego de los remos y se mantenían a distancia de los marinos, postergados por el dolor estallante de algunos cascotes sacudidos sobre sus lomos maltrechos.

Ninguno de aquellos seres había advertido la forma tambaleante lanzada a caminar desde el montículo como un autómata, jadeante entre bancos de basura parda erizada de vegetales salvajes, impulsándose a regañadientes entre el lodazal sembrado de piedras y guijarros triturados.

Por eso, el títere escuálido y descuajaringado que se presentó ante los marinos amodorrados, se les antojó el remedo de un fantasma sulfuroso, alto y esquelético, con la barba hirsuta y los ojos hundidos en el rostro cadavérico, harapiento, los jirones de paño oscuro flotando libremente como alas, difuminado entre una niebla caliente y espesa inflamada de temor, como si el legendario Hubert de Brugh estuviese frente a ellos después de ser sometido al tormento de hierro. Hipnotizados por la magia confundida con la noche del forastero, se sumieron en un silencio litúrgico cargado de turbios presagios, aquiescentes a los misterios de la próxima e inminente ceremonia de pre-

sentación. Pero el soldado dio unos pasos más hacia ellos, distinguiendo aún entre el sopor, lívido, a un hombre ceroso, desnudo hasta la cintura, que lo miraba ahíto, con los ojos fijos alineados como la punta de una daga afilada sobre su pecho descubierto, y se desplomó acuciado por la violencia de un dolor fulminante. Entonces, el velo mirífico de la supuesta aparición que sus mentes habían orquestado evocando sorprendentes testimonios de mundos desconocidos y olvidados, se corrió como la lápida de un sepulcro dejando ante sus ojos incrédulos el vacío pueril de la realidad. Alguno pensó que habían sido sorprendidos en su buena fe, como si el deber de aquel hombre hubiese sido volar convertido en goblin ataviado con la caperuza roja y verde de los elfos, mientras los otros ya corrían en busca del cuerpo desvanecido.

-¿Está muerto? -preguntó un marino barbudo a otro que, sentado a horcajadas sobre una piedra ventruda, tanteaba la muñeca fláccida en busca del pulso, palpaba aquí y allá el cuerpo afiebrado hasta dar con el bazo hinchado como una pelota a punto de estallar bajo el costillar izquierdo, terminando de rasgar los harapos pestilentes, buscando al amparo del reflejo mortecino, piojos, pulgas o garrapatas en las zonas afectadas por una erupción cutánea y donde la piel irritada se tornaba roja y sutil.

-No, pero se muere -respondió al fin haciendo un claro mohín de abandono con la cara aniñada.

-¿Es él? -inquirió otro marino arrodillado a unos pasos del moribundo sin levantar la vista del suelo. Pero nadie respondió. En cambio, comenzaron a mirarse consternados entre ellos, balbuceando algunas incoherencias que de a poco fue-

ron tomando la consistencia de una certeza, de una burda y cruel certeza: ya no tendrían que llevar a nadie a ningún lado.

IV

El soldado recobró por unos instantes una tímida lucidez ensortijada con imágenes oníricas distorsionadas y monstruosas: percibía las formas murmurantes que lo rodeaban como en un aquelarre, zumbando encima suyo, hablando en un idioma que obligaba a pegar la lengua al paladar y a desgarrar ciertas consonantes hasta convertir las frases en chillidos enclíticos, demasiado aspirados. Para contrarrestar lo que creía un conjuro, farfulló con los ojos cerrados secándose las gotas barrosas que recorrían su cara desde un trapo deshilachado extendido en su frente a modo de compresa y que -a falta de vinagre o de cebollas de lirio- los marinos enjuagaban en las aguas enlodadas del río.

Los hombres, ante la evidencia de no poder hacer ya nada por el enfermo acorralado por una fiebre que parecía tenaz y demasiado elevada, se turnaban para pegar los oídos a los labios ardidos, adoptando la actitud ritual de un sacerdote en el confesionario. Pero ellos tampoco podían comprender esa fonética sorda y rústica, plagada de sonidos velares, fricativos, sibilantes, que atribuían al balbuceo del delirio.

El moribundo hablaba de pajonales en llama bajo el cielo pintado de nubes cargadas de humo, y de unas pavesas flotantes impulsadas por el viento que se incrustaban contra los

muros blanqueados a la cal de una torre alzada en un solar yermo. Arriesgaba el número de tiradores negros, blancos y mestizos, tiznados y amoratados, que se habían apostado en las azoteas de la fortaleza, entre los rescoldos y las cenizas. Mencionaba un palomar desvanecido por la niebla y el sórdido movimiento de tropas acomodándose dentro del edificio: las tablas de madera crujían, los frágiles barandales oscilaban, el revoque cedía estallando como cristalería en el piso, las escaleras espolvoreadas salpicaban barro y verdín, mientras la promiscuidad cortaba el aire y la atmósfera se enrarecía contagiada por densas exudaciones -olor fuerte a boñiga, a cuero, a tasajo- que se confundía con los efluvios de la comida traída en unas carretas toldadas desde la ciudad. Decía que entre los defensores de la fortaleza había circulado una sangría de vino carlón agrio y espeso, y que al amanecer se habían convertido en un hato de borrachos atropellados, insomnes y temblorosos. Y hablaba de una huída a través de un camino polvoriento con la muerte a sus espaldas y de un espejismo que se derrumbaba: el poder incontenible de tantos años no era otra cosa, ahora, que la burda necesidad de salvar el pellejo, costase lo que costase. Después se sumió en un coma profundo, sacudido por los dolores y la fiebre que recorría sus venas desbocadas.

Ninguna respuesta, pensaron los marinos, nada con que paliar tanta ignorancia: el hombre por el que habían vivido las últimas veinticuatro horas se moría a un paso del exilio. Y más allá de la playa, las sombras enmascaradas de un mundo sumido en el silencio letal de la noche, como un caserío arrasado por fuerzas invisibles y poderosas de un zarpazo.

V

El hombre permanecía sentado en las toscas como una sombra más entre tantas que habían crecido con la noche oscura, apenas iluminada por la luz enferma de la fragata y esa otra a sus espaldas, mortecina, intrascendente como el cuerpo que expiraba en la playa entre convulsiones delirantes. Algún perro se había acercado cautelosamente a olisquearlo, sin hacer ruido, apenas gruñendo y reclamando las caricias toscas y apuradas de antes. Los hermanaba el olor repugnante de los basurales de la playa que, por unos instantes, parecía haber cambiado y que ahora, lentamente, recobraba su apatía calma. Mientras el grupo de marinos extraviados, inclinándose ante el cuerpo desconocido que él había visto pasar exhalando queja de dolor frente a sus ojos acostumbrados a la oscuridad; su primer impulso fue detenerlo y ocultarlo junto a él en el montículo de guijarros: -¡Lorenzo, soy yo, Rozas!, le había susurrado imperativamente, pero se movía demasiado aprisa, con una rara premura para un ser al borde de la muerte. Decidió dejarlo y lo vio caminar como si flotara hacia la orilla de la playa.

El azar, pensó, es el único sueño válido entre tantos sueños calculados. Dependemos de la suerte como del agua; hay un abismo adecuado a cada paso del que sólo nos salvan pequeñas y fortuitas circunstancias: coincidencias, sorpresas, semejanzas. Ese hombre que yacía al borde de la muerte, sin quererlo, sin ni siquiera pensarlo, había confundido los últimos instantes. Simplemente, se le había adelantado, y ahora el tendría tiempo para volver sobre sus pasos, trepar por las barran-

cas solitarias y cruzar de nuevo la ciudad hasta el campo de batalla.

Vio a los marinos cavar en la arena en un rincón seco de la playa lo hacían con los remos y las manos, hincados de rodillas en el suelo.

Un hoyo pequeño, muy pequeño, se dijo el hombre mientras caminaba.

Los Nombres

"...la verdad que allá abajo confundieron
por vestirla de equívoca lectura".
Dante

Algún día la simple mención de los nombres de este relato no dirá nada. Eso sucederá cuando el aliento riguroso del tiempo se ocupe de borrar la infausta memoria de algunos hechos aislados asociados a ellos. Nadie recordará que había una ventana y que la ventana parecía un retrato opalescente paisaje otoñal, y tal vez tampoco nadie recuerde que uno de los nombres –Vertbois- convalecía enfermo bajo esa ventana cuando urdió la trama de la inefable farsa. Algún memorioso dirá que los nombres fueron tres evocando tediosas crónicas de la época empecinadas en desgranar hipótesis, pero en realidad hubo un cuarto hombre inexplicablemente olvidado. Según parece, los otros tres se habían confabulado en el silencio y ese pacto anacrónico los mantuvo unidos hasta el fin como un lazo invisible y poderoso. Después de leer algunos pormenores publicados por la prensa y de escuchar las imprecisas versiones de unos pocos testigos que accedieron a evocar aquellos años, me pregunto por qué nadie se dio cuenta de la existencia de Paulmy –quién sino él pudo haber publicado el aviso clasificado que los tres señalaron como el principio de todo.

En apariencia, Maier –otro de los nombres- visitaba diariamente a Vertbois en su casa del Tigre. Cada tarde aborda-

ba el tren de las 17.20 en Retiro y al cabo de una hora transponía el umbral penumbroso de la casa agobiada por la humedad y la vejez. Permanecía al lado del enfermo hasta las 21, los dos sin hablar, los dos mirando por la ventana iluminada de cielo, entretejida de follaje, y con un ligero movimiento de cabeza se despedía hasta el día siguiente. Ese mudo ritual ("Ceremonia de contemplación", preferiría más tarde Maier) se repitió hasta la tarde lluviosa cuando Vertbois, quebrando el silencio, le dijo que debían hacer un último intento y le mostró el aviso del diario. Se supone que Maier accedió y que ahí mismo decidieron involucrar a Velmont –el tercer hombre-.

Resulta penoso reconstruir situaciones que ya fueron olvidadas –Maier entrevistándose con Velmont en un sombrío departamento de Barracas una desalentadora noche de mayo; Velmont adhiriendo con aprobación intelectual al sugestivo plan de Vertbois; los tres programando el próximo destino del singular fraude-, y más fatigoso aún querer descubrir los motivos que pudieron impulsar a los tres hombres a cometer la infamia –aún hoy nos asombra pensar que uno de los tres fuera un iniciado, un adepto alquimista que conocía el significado de las palabras de las Escrituras, y que por lo tanto sabía de la existencia de una ley suprema que rige el universo, en algún lado escrita, de algún modo transmitida. Quien observó que se trataba de Vertbois también dijo que su supuesto nombre fue Mateo, y afirmó que Matthaeus (como el evangelista, representa la ciencia, el estudio, el conocimiento) es el que vive en la edad de hierro signado por la muerte, la decrepitud y la miseria; y completaba la elucubración manifestando que sólo Vertbois podía haber representado la farsa con la figura de un esqueleto sosteniendo un

reloj de arena y una guadaña (el septenario), el impiadoso símbolo de la Muerte.

Lo cierto es que si los tres ya conocían a Paulmy también lo sabían incapaz de descubrir un ardid. Porque si Paulmy fue al Tigre unas semanas más tarde llevando la caja metálica envuelta en papel de diario, ello prueba que él también los conocía y que no sospechaba la estafa. Como se sabe, la caja contenía un catálogo de remates de la casa Kaus de Nueva York y los ciento ochenta mil dólares que Vermont debía pagar por el manuscrito en la subasta –el urbano comentario del catálogo, atribuido a un conocido anticuario, mencionaba que la creciente fama del manuscrito debía encontrarse en sus remotos orígenes medioevales y en sus probables méritos cabalísticos. Nada decían, sin embargo, del destino esotérico que trasunta su historia; el mago John Dee, el emperador Rodolfo II, el danés Tycho-Brahe, el místico Képler, el jesuita alemán Atanasio Kilcher, la hermética Compañía de Jesús, lo tuvieron en sus manos (la apreciación es escueta, raquítica, desolada, pero nada nos autoriza a emplear el verbo “descifrar” aplicado a estos personajes)-.

Hasta aquí todos coinciden en ver los acontecimientos tal como ocurrieron; por otro lado, el mandato era sencillo y a Velmont no debía llevarle más de ocho días. Sin embargo, la comisión se demoró cuarenta y cinco días (Velmont mismo después alegaría que la almoneda se suspendió en dos oportunidades y que las remesas de dólares solicitados a Paulmy fueron invertidas en alojamiento y comida). Hoy conocemos que el hombre dispuso de poco más de treinta días para viajar por España, Italia, Francia y Bélgica –por qué nadie advirtió la felonía

de este último destino-, y que cuando regresó con el azaroso códice cargaba grandes cajas que no fueron identificadas.

Los testigos afirman que esos elementos fueron introducidos en la casa de Vertbois una fría y neblinosa mañana de junio, y coinciden en señalar que ese fue el último día que notaron las presencias de Maier y de Velmont. Vertbois ya para esa época era como un fantasma sulfuroso, una figura que nadie recordaba, apenas un nombre ligado por la costumbre a las paredes descascaradas de la casa invadida por las trepadoras perennifolias.

El arduo trabajo de sustitución debió haber comenzado ese mismo día. A partir de ahí, todos los rasgos circunstanciales que rodearon el tiempo suspendido que duraron los trabajos nos son desconocidos. Quienes profesan la convicción de una excluyente labor nocturna sólo contribuyen a acrecentar el misterio –en realidad, han querido simbolizar que de la oscuridad sale la luz-, cuando es necesario suponer que los tres hombres acuciados por la previsible premura de Paulmy, invirtieron todo el tiempo disponible en copiar el oscuro trazado de los jeroglíficos, en dibujar los hieráticos ideogramas, los signos cabalísticos, la nomenclatura equívoca, en calcar las figuras caprichosas y enigmáticas, los emblemas esotéricos, los símbolos impenetrables y secretos impresos en el medioeval pergamino.

Nosotros imaginamos, sólo imaginamos, a estos alquimistas de la falsificación en la mirífica labor, encorvados sobre el papel indagando la suerte de los caracteres arcaicos, con violáceas ojeras de fatiga, escudriñando con ojos vidriosos cada página cenizosa del maculado grimorio. Porque si nada conocemos de los sucesos de aquellos días que no sean vanas suposi-

ciones inútiles, en cambio confesamos atesorar la innegable ilusión de un hecho imprevisto, la vibrante incertidumbre de una revelación inesperada.

Y creemos, sólo creemos, que en algún momento pudieron penetrar los misterios del acertijo. Ellos tuvieron ante sí la preciosa clave del enigma y conocieron la sustancia de aquella alegoría esmaltada de hieráticas recetas primordiales. Las pruebas son débiles, casi inexistentes, apenas ajustadas al desvarío de unas frases sueltas pergeñadas por los tres hombres quizás con el afán de confundirnos, para desviarnos de la verdad, para alejarnos de las fórmulas mosaicas que ellos posiblemente hallaron. De otro modo, qué quiso expresar Maier cuando reprodujo las palabras de Képler: …veo la luz… Hace algunos días contemplo el más admirable sol… y todas las tinieblas se disiparon… Robamos (el plural es una licencia de Maier) todos los vasos de oro de los egipcios"; qué quiso transmitir Velmont cuando copió esta frase de la isíaca Tabla de Esmeralda: "Tendrás por este medio la gloria del mundo, y toda oscuridad huirá de ti"; cómo explicar, finalmente, la jactanciosa confesión del moribundo Vertbois: "Hemos restaurado la antigua Alianza, la ley primera, y nos ha sido revelado el verdadero nombre de todas las cosas… en la lengua de los pájaros, en la de los cinocéfalos, en la de los hebreos, en la lengua hierática… Y con nosotros se cumplió lo que estaba escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios… Dios así lo quiere".

Quienes recientemente han querido convencernos con una lógica espuria de la vana intención de estas revelaciones, olvidan mencionar que la falsificación del manuscrito fue apenas un intento, un ardid más, impiadosamente planeado por

Vertbois al filo de la tarde lluviosa. Esa tentativa debía alentar las sospechas de Paulmy, despertadas a propósito por la tardanza de Velmont y el oscuro designio de las grandes cajas. Por ello, cuando el desesperado Paulmy se presentó la noche de aquel octubre destemplado en la casa del Tigre, los tres hombres presentían lo que finalmente ocurrió: Paulmy los execró, los vituperó, los maldijo, exigió brevemente el original manuscrito, constató raudamente la suerte del verdadero acromático, y desapareció para siempre en la brumosa marea del mundo que ellos habían comenzado a olvidar.

El desventurado Paulmy jamás sospechó que la falsedad estaba en el fracaso aparente, en la negación rotunda, en el intento fallido; Maier lo deja entrever cuando refiere: "…cumpliendo con los designios del arcano, debimos burlar al desdichado que creyó en nuestras aptitudes. Al partir llevaba la impronta del derrotado mientras nosotros intuíamos en silencio todo su dolor, toda su miseria, toda su desgracia", y algunos párrafos más adelante cuando confiesa: "Apreciamos íntimamente su justo valor de mecenas involuntario, pero él siempre creerá que nuestra labor la coronó el fracaso. Nunca sabrá que fue únicamente en eso que lo defraudamos".

Los sucesos posteriores casi carecen de importancia. Vertbois murió al cabo de un tiempo consumido tras una lenta y prolongada agonía, Maier se refugió en algún oscuro destino provinciano, y Velmont regresó a su Tolouse natal donde declinan sus últimos años bajo el sol ardiente del mediodía francés.

Habiéndose reeditado últimamente las primeras copias del manuscrito que datan de 1915, nos enteramos que una ambigua publicación científica reciente ha querido encontrar en

los jeroglíficos meras relaciones numéricas, astrológicas y calendáricas; para ello, el autor del artículo supone revelar las claves mnemotécnicas utilizadas por Vertbois para desenmascarar los oscuros anagramas, quien se habría basado en el antiguo método de la cábala fonética tradicional para ordenar los aparentes signos alfabéticos –entendiendo que el secreto es intransmisible por una simple transcripción textual-.

Como es lógico, esta teoría reniega del sentido literal de las palabras enajenando todas las reglas generales de la gramática, y de paso reconoce que Vertbois tuvo que haber contado con algo semejante a la bilingüe piedra de Rosetta para descubrir tales claves. Sin embargo, sabemos que Vertbois mencionaba haber descubierto además signos pictográficos de complicado valor alegórico, complejos ideogramas e incluso elementos figurativos donde la falta de función conjuntiva y lógica de las uniones sintácticas, los plurales y las desinencias verbales; y si es cierto que no encontró oraciones continuadas, para captar el irreductible mensaje hermético Vertbois o estuvo en posesión del pensamiento del autor del códice, o fue el depositario de una cerrada relación verbal.

La publicación desconoce que Vertbois haya enseñado a Maier y a Velmont un conjunto de prescripciones iniciáticas de una vieja materia arcana de carácter gnóstico, las que se referían al valor positivo y dinámico de las palabras contenidas en el manuscrito. Así, la sola y correcta pronunciación de ellas sería suficiente para que ejercieran la acción nombrada. "En principio, escribió Vertbois, reinaba el caos y todo carecía de nombre. Y el Verbo fue la Palabra, y la Palabra fue Nombre, y el nombre es el verbo de todas las cosas creadas".

Otra publicación posterior nos ha consternado denunciando la posibilidad de una múltiple farsa; en la misma un escritor sugiere que tres nombres ya olvidados traman un ardid alrededor de un inexistente manuscrito alegórico –al colérico autor del artículo, como a Croce, la alegoría le parece monstruosa-, sirviéndose de unos pocos hechos lógicamente falsos. Curiosamente, el escritor del cuento menciona que una publicación escéptica ha sugerido la inevitable sucesión de falsas tramas, pero en una de ellas Vertbois suple al imaginario escritor y revela el supremo nombre oculto en el códice.

Entiendo que esta licencia literaria, notoriamente espuria, ostensiblemente plagiada, es tributaria del artificio planeado en la casa del Tigre aquella tarde lluviosa, y presiento, en cambio, que los curiosos y los ávidos seguramente pensarán que nunca existió tal infamia.

El sueño de Lord Bertrand

En la categoría de sueños rigurosos, Bertrand Edward Barry, vigésimo cuarto conde de Somersethire, incluía a las apariciones de personajes históricos que lo amonestaban desde el horror del infierno o lo asombraban con sus áureas celestiales desde el prodigio paraíso.

Cada mañana al abrir los ojos y constatar que la bruma cenizosa del mar aún flotaba en la intemperie tras los cristales empañados de su habitación, recurría a los tomos ajados de la historia del Reino para reconocer los rostros que durante la noche se habían presentado en sus sueños. De este modo lord Bertrand había conocido al canciller Thomas Moro antes de su ejecución, a Samuel Richardson en los umbrales de su tardía vocación literaria, al erudito presbiteriano John Milton, al turbulento Thomas Malory en la prisión, y ello sin contar a los Eduardos, Enriques y Ricardos que con sus presencias reales lo habían apabullado desde sus sitiales inalcanzables.

Pero el personaje que aquella mañana neblinosa de principios de febrero Bertrand trataba de localizar entre las páginas enceradas de la historia inglesa de Macaulay, se parecía más a un recurso de la ficción de Marcel Schowb que a un ser real muerto en algún momento del decurso del tiempo histórico; esto excluía al visitante onírico de la celosa clasificación que el conde practicaba con disciplina de erudito, en primer término, porque tanto los simples mortales como los arquetipos de la

fantasía –transeúntes obligados del estado de vigilia- no valían a su entender el esfuerzo representativo de los sueños, y además, porque consideraba una osadía imperdonable ser perturbado por nimiedades mientras dormía. Sin embargo, antes de dar por concluido el asunto con el impertinente ficticio, tuvo la delicadeza de anotar al margen de su agenda las breves características de la aparición: "Monje medicante del medioevo". Posiblemente se tratase de una transposición de imágenes comunes de frailes con otras prominentes del clero sajón posteriores al rey Alfredo, sin ir más lejos, Roger Bacon, descendiente de nobles y calificado "doctor admirabilis". Lo cierto es que lord Bertrand supuso que las ocupaciones del día contribuirían a despejar su mente, concretamente, lo alejarían del infortunio de una noche perdida y tal vez lograran que la próxima fuese digna de un pasado tan rico y heterogéneo como el de Inglaterra. Y así como el conde prefería una pesadilla con el colérico Jonathan Swift a gozar de un sueño placentero y divertido con el trashumante Gulliver, privilegio que igualmente otorgaría a Oscar Wilde en detrimento de Dorian Gray, ese día sus tareas se limitarían al aspecto social, bullicioso y decorativo de la vida, como ocurría desde que tenía memoria. Después de todo, las ceremonias y el protocolo habían contribuido al engrandecimiento del imperio tanto como las armas y los negocios, y Bertrand no hubiera consentido hacer otra cosa que dedicarse a apuntalar ese credo; por lo que comió, bebió y departió en los salones más importantes de su residencia, cabalgó junto a Lady Aghata por los bosques perennes de Ilchester y asistió a una larga y tediosa reunión de banqueros del Reino preocupados en estrechar lazos con la aristocracia.

Mal hubiera podido suponer que al día siguiente por la mañana verificaría nuevamente haber soñado con el desprolijo en insignificante franciscano que paseaba su pobreza y desventura por las calles desdibujadas de una ciudad medioeval. Tamaña traspolación era impensable en una mente positiva como la suya abocada al pretérito concreto construido sobre hitos trascendentes y nombres fulgurantes: la guerra de las Dos Rosas, el advenimiento de Enrique VIII, la ejecución de María Estuardo, Shakespeare, el lord protector Cramwell, la batalla de Plassey, entre tanto otros significativos y rebosantes de intensidad y pasión. Debido a esta razón la mañana en cuestión avisó a su secretario que se sentía enfermo y que cancelara todas sus citas del día: se quedaría en la cama y trataría de analizar fríamente la presencia del religioso harapiento en sus sueños.

Comenzó entonces por recrear las circunstancias en que se presentaba el monje; recordaba un camino de tierra adusto y desolado, enmarcado entre árboles esqueléticos y plantas errabundas, algunas casas de suburbio semiocultas por la vegetación y una masa de aire denso, vaporoso, que dificultaba la visión. El paraje quieto y silencioso parecía tan hostil como las cimas puntiagudas de unas montañas lejanas, y nada hacía presumir que la estampa cambiaría en un instante, cuando la figura desteñida del fraile apareciese rodeada de pequeñas aves batientes bajo un tornasol de luces incandescentes; en ese momento el sueño de lord Bertrand se tornaba vertiginoso: rodaban las imágenes tras la silueta fantasmal, aquí una flor roja o amarilla que crecía hasta lo palpitante de una rama carnosa con sus pétalos aurifiscentes despilfarrando el lujo vegetal, allá una roca pulida por el tiempo brillando al sol como un espejo,

reflejando el alarde de un pájaro planeador o la caída vertical de un insecto. Al alboroto de la naturaleza, que zumbaba en los leves vuelos de las golondrinas, en los enjambres de abejas moviéndose al poniente, que silbaba aguda en el polvo humeante del camino y se entregaba a un paroxismo de colores, fragancias y dibujos inverosímiles, le seguía el resonar de voces anónimas, murmullos ardientes que imploraban dones y beneficios aturdiendo como en un mercado a ese monje ignoto que parecía haber alcanzado la altura de un árbol, el carisma de un profeta predicando a la multitud, el matiz de un prodigio resplandeciente y arcano, milagro impreciso en el que todo convergía, el firmamento y las estrellas, un rayo de luna, la lluvia perfumada, los campos brotados, las brisas ululantes, y que Bertrand veía desde su sitial de privilegio, vestido con hábitos deshilachados, harapiento, ardido por el sol, huesudo, recorriendo con sus ojos inflamados la cara de la muchedumbre ahora agolpada a su alrededor.

Todo era confuso, contradictorio, inasible como la fantasía caprichosa que teje de siluetas irreales y sensaciones místicas el subconsciente. La atmósfera del sueño tenía la impronta medieval en la aglomeración y el desconcierto de esos rostros grotescos, gesticulantes y oprimidos que bajaban por las callejuelas de fachadas esculpidas, ornadas en las torrecillas y en los balcones, hasta la campiña donde el religioso preparaba la alquimia indescifrable de una oración, de un ruego o de una letanía. Después, la euritmia de lo viviente, desquiciado, astillando en un vértigo caótico el lugar prefijado de las cosas, las posibilidades concretas de la existencia. Nada era lógico ni coherente en aquella sugestiva sucesión inarmónica de aconteci-

mientos. Lord Bertrand consintió, por ello, que se trataba de una pesadilla producida por algún defecto orgánico pasajero. Se recetó descanso y ayuno, una fórmula infalible para combatir los males del cuerpo.

Sin embargo, fue preciso que transcurrieran los días con el mismo despertar receloso de la primera mañana para que el conde decidiese consultar a un médico. El sueño ya se había instalado como una cicatriz en el letargo nocturno de Bertrand. La sutil armonía del cuerpo había sido quebrada en algún punto inextricable del cerebro, se había cortado el flujo de la normalidad –ese ramillete de intuiciones previsibles que regulan el azar transformándolo en destino- y algo, más allá de la certeza, estaba propalando en su interior el rumor de una dolencia.

El médico aseveró que no existía –en apariencia- un mal orgánico que debiera ser tenido en cuenta y que tal vez –conjeturó- todo obedeciera al capricho indecoroso de los sueños:

-Un sueño es como el humo postrero de una hoguera apagada: cuando el calor y la luz del fuego se extinguen, la señal de su presencia aún perdura por unos instantes, va confundiéndose con el aire y termina diluyéndose en el invisible fluir de una corriente -fue al figura poética que imaginó el doctor Thomas Bloomming, tan errado como siempre que discernía acerca de cuestiones que no eran de su incumbencia-.

Lord Bertrand apeló entonces a algunas estratagemas; varió de sus horarios de tal modo que cuando se acostaba el sol ya oscilaba entre la niebla indecisa del alba; previamente, y con el fin de predisponer en forma adecuada el subconsciente, leía a Berkeley, Pope, Hume, Black o Lamb, o sino escribía sobre

la personalidad de Wellington, hacía apuntes sobre la revuelta de los cipayos o el primer congreso de las Trade-Unions. Más tarde debió recurrir a los deliciosos problemas que plantean el bridge y el ajedrez, y por último al whisky, pero todo resultó inútil: no había método capaz de hacer variar un ápice su sueño. Finalmente, optó por no dormir.

Una extraña mezcla de aversión y miedo lo ayudó a velar dos noches enteras, pero el mecanismo del temor que lo mantenía despierto, cedió abruptamente en la madrugada del tercer día y lo sumió en un sueño profundo.

Este es el relato del sueño que en la oportunidad tuvo lord Bertrand, y que de este modo dejó transcripto en su agenda:

"En la categoría de sueños rigurosos, Bertrand Edward Barry, vigésimo cuarto conde de Somersethire, incluía…"

El cancerbero de San Rogelio

El hermano Serafín, un anciano enjuto de rostro pálido y grave, recorrió con la punta de los dedos las vasijas oblongas, las matraces esféricas, las retortas oscuras, las redomas ventrudas, alineadas en los herrumbrosos estantes del nicho abierto en la piedra, y, como si aquel acto lo contaminase, se frotó las manos huesudas contra la sotana. Retrocedió hasta la fragua apagada y hurgó con la vista en el suelo, entre las virutas de forja, buscando el rastrillo, la tajadera, el punzón, la pala, la gubia, las tenazas. Descubrió una garrucha oxidada y un fuelle raído en un rincón polvoriento y rozó con la punta del zapato las telarañas adheridas al zócalo del muro. Exhaló un ¡Dios bendito! largo, suspirado, y me miró sin convicción durante unos instantes.

-Lo único que le pido, hermano Marcos –dijo paseando los ojos negros por los anaqueles de madera abarrotados de libros cenizosos, amarillentos, marchitos-. Es que sea prudente, que obre con cautela.

-Pero hermano Serafín, tengo pruebas –le contesté perplejo, sofocado por el vaho áspero y relente del cuarto. Me había parado junto a un alambique vetusto de cucúrbita y capitel metálicos, rodeado por sublimatorios rotos, por aludeles enmohecidos, por copelas deshechas. -¡Vea! –casi grité apoyando y abriendo al azar el códice herrado sobre la mesa descuajaringada: dos páginas enceradas cubiertas de dibujos policromos, de

caracteres hieráticos, de signos numerales, quedaron expuestas a la luz mortecina del sótano como dos rodillas carnosas. El hermano Serafín avanzó ahíto desde la penumbra, examinó las finas fojas del manuscrito y farfulló un ¡Qué extraño! deslucido y apagado.

-¿Hay algo más que yo deba saber, hermano Marcos? –inquirió al fin entrelazando los dedos largos y afilados a la altura del pecho, mirándome desafiante. Había calculado que aquel hombre no iba a creerme y ahora estaba constatando que ni siquiera parecía dispuesto a escucharme. Posiblemente, nada de cuanto dijese y argumentase alteraría la paz beatífica de aquellos claustros, nada sacudiría las mentes aletargadas de aquellos monjes empeñados como hormigas laboriosas en copiar y almacenar, en imitar y custodiar. El hermano Nicolás, voluminoso y tosco como una bolsa de arpillera, me lo había anticipado mientras caminábamos bajo las arcadas abocinadas de la galería de acceso a las celdas: -Ocho siglos es mucho tiempo, hermano Marcos, demasiado para una orden que el mismo san Rogelio fundó laica y temporal. Reglas de caballería, costumbres de un ejército en campaña, hábitos de conversos, es todo cuanto nos legó el santo ¡loado sea!, y sobrevivimos, sin riquezas, sin tierras, sin varones insignes; albergando en nuestro seno a perjuros, adúlteros, impíos y malvados, orgullosos de nuestra disciplina y de nuestro trabajo… No, no profane usted nuestra historia sin brillo con sus deducciones intelectuales. Piense, hermano, piense, ¿qué sería del hermano Agustín sin sus telescopios, sin sus brújulas, sin sus imanes, sin sus balanzas hidrostáticas; qué sería del hermano Esteban sin la pica y la laya, sin la pala y la azada, sin la grada y el rodillo; qué del hermano Eustaquio sin

sus faisanes, sus liebres, sus mazapanes, sus salsas, sus bollos, sus empanadas; y qué de mí, hermano, sin los ladrillos y el cemento, y la piedra y la cal, y la arena y el yeso?

Memoricé la silueta roma y gastada del santo guerrero tallada en el panel central de la chimenea del gran salón: un heraldo anguloso de elevada estatura, hirsuto, sosteniendo en una mano la espada de corte en punta y en la otra el besante cuadriculado de la Orden, envuelto en una capa alada y tocado por una pequeña cruz de san Andrés a la altura del hombro izquierdo. Por aquel devoto admirador de san Benito de Nurcia y de san Bernardo de Claraval, por aquel imitador oculto de Hugo de Payns, de Andrés de Montbard, de Hugo de Champaña, me encontraba frente al hermano Serafín, en el cuarto soterrado, respirando un aire denso y turbio, cargado de minúsculas partículas de polvo húmedo. Le confesé que con la ayuda de Dios había logrado descifrar el códice e inmediatamente sentí el mismo alivio que experimentaba después de abandonar el confesionario: una indulgente sensación de flaccidez y modorra, como si el cuerpo también participase de la repentina y misteriosa liberación del alma. Y añadí lo que el monje estaba esperando: -Fue escrito por Rogelio de Huelva en el año del Señor de mil ciento treinta y seis.

Serafín no se sorprendió; parecía agotado, terriblemente cansado. Noté que sus hombros hundidos se habían reducido a una leve e insinuante pronunciación de la clavícula; los rasgos cadavéricos se habían acentuado por la tensión de los músculos faciales; sólo los ojos, profundos y espectadores, conservaban el brillo de la vida en aquel cuerpo frágil y desgarbado. Me preguntó si estaba seguro.

-San Rogelio fue sabio, hermano, muy sabio –le respondí sorprendido por el timbre enfático de mis palabras que contrastaban con el hilo de voz delgado del anciano –un chillido monocorde que apenas rozaba la línea de los labios y que se oía como un farfullo penitente. Le expliqué que Rogelio había cifrado su nombre apelando a los ángeles apocalípticos. –Un procedimiento tomado de la cábala hebraica –dije- y que consiste en descomponer vocablos del texto bíblico en letras con un determinado valor numérico –Serafín asintió en silencio. El hecho no era ilícito ni afectaba la fe del santo, y hasta podía suponerse corriente en la Alta Edad Media. Proseguí: -pero para componer los jeroglíficos utilizó la cábala fonética derivada de una lengua griega primitiva, la pelásgica, y esto, hermano, supone un conocimiento profundo de los filósofos presocráticos.

Alcé la vista hasta la frente cerosa del monje que me miraba con los ojos desorbitados, y entonces supuse que aquella agonía no era nueva para el hermano Serafín, intuí que sabía lo que diría a continuación.

Mientras hablaba, imaginé sombras achacosas y encorvadas moviéndose lentamente en la penumbra como un remoto espejismo, abocadas a un tráfago de reclusos, ahuecando los folios encarnadinos de gruesos y pesados grimorios, manipulando utensilios químicos, hornos y morteros; preparando destilaciones, extracciones y purificaciones del cadmio, del antimonio, de la calamina, del colcotar, del oricalco, del cinabrio, de la blenda; sometiendo aquella materia inorgánica a largas y tediosas digestiones, maduraciones, circulaciones, putrefacciones; hasta dar con la medicina universal, con la luz inextinguible, con el polvo de proyección, mientras el fantasma sulfuroso del santo

Rogelio de Huelva redactaba el manuscrito, como fugaz remedio de Virgilio, de Ovidio, de Platón, de Dante, volcando en el pergamino las ocultas y miríficas enseñanzas de antiguos sabios –misterios órficos y pitagóricos de raíces egipcias transmitidos y custodiados por los hebreos del cautiverio, por los esenios alejandrinos y por los ascetas gnósticos que los cristianos después repetirían vacíos de contenido, adoptando las meras formas litúrgicas, y que desentrañaban un Universo cíclico regido por leyes eternas e inmutables intercaladas en el simbolismo metafórico de los evangelios, del Apocalipsis y de las catedrales góticas.

Le dije al hermano Serafín que san Rogelio, como Francisco de Asís, como Roger Bacon, como Raimundo Lulio, creía en la Naturaleza y en el poder de la materia para transmutar la vida y otorgarle un nuevo estado de lucidez. El monje permaneció callado, tan impasible que no dejaba entrever si estaba sumido en sus reflexiones o atendía mi exposición.

-Rogelio sabía que antes de la caída, la humanidad identificada como el Cosmos profesaba, sin ritos y sin velos, una religión verdadera que le permitía poseer la tierra y dominarla (Génesis 1-28), mencionar las cosas y animarlas (Génesis 2-19) –seguí hablando, ahora con las mejillas encendidas y lleno de coraje-. Es posible que después del pecado original los hombres urdieran innumerables remedos de aquel estado luminoso de gracia y que tramaran secretas enseñanzas para reeditarlo y las ocultara, como san Rogelio, en el arte y la literatura. Y es posible también, hermano, que se convirtiera, en fin, todos, de algún modo, en dogmáticos: la Edad Media de la revelación, el siglo XVIII de la impostura. De este modo, la magia, la religión

y la ciencia terminarán siempre, inevitablemente, por encontrarse para intercambiar términos, mitos y verdades.

Las sombras se habían disipado. Pensé que ningún valor de eternidad tendría el poder suficiente para afincarse en aquellas paredes agrietadas y musgosas. Hubiese querido agregar que era impensable suponer lo sagrado sin lo profano, del mismo modo que no hay historia sin mitología o fábula, y que esta ley de lo análogo era tan esencial que todas las ortodoxias la habían condenando, pero el hermano Serafín ya no me escuchaba. Lo vi trepando con fatiga negligente, encorvado, los empinados escalones de ladrillo como una vieja araña negra, tomándose del bamboleante pasamanos, apoyándose en el muro escamado. Cuando advertí en un rincón hasta ahora ignorado el cráneo ennegrecido, con la cavidad ocular vacía, desdentado, espeluznante y espantoso en su rictus de ultratumba, ya era tarde. El ruido seco de la puerta pesada que se cerraba repercutía en el espacio crepuscular como un eco aletargado y moribundo.

Enroque en la Ventana

Movió el peón al cuarto casilla de la dama y se puso a mirar a través de los vidrios opacos, levemente ahumados del ventanal. El sol afuera parecía intenso, estallaba entre las hojas muy verdes de los árboles y se filtraba en haces de luz circulares hasta resquebrajar el asfalto de la calle. Tuvo la sensación de un calor asfixiante que quema la piel y la enroje precipitándose sobre sus brazos demasiado blancos, penetrando por los poros dilatados a fuerza de frotarlos con la esponja enjabonada. Olía a pino y a lavanda. Avanzó otro peón hasta el tercer casillero del rey, aunque hubiese preferido la defensa siciliana, más común y menos arriesgada. Debía buscar los anteojos oscuros para protegerse del resplandor o, tal vez, cerrar las pesadas cortinas de tela, pulcramente recogidas a los costados del marco de la ventana. Recordó que a Lucía sólo le gustaban los días claros para entrecerrar las persianas y crear espacios de penumbra dentro del cuarto; los colores perdían consistencia, se diluían entre el marrón apagado del piso y el gris sin vida de las paredes empapeladas. Movió el caballo a la tercera casilla del alfil del rey, ahora tenía que disimular su falta de desarrollo planificado y hacerle creer al contrincante que estaba ensayando una variante.

"Rectas galerías que se curvan en círculos secretos al cabo de los años", rememoró mientras miraba a un hombre alto y desgarbado que estaba parado en medio de los autos. El mundo insospechadamente se había vuelto borgeano. Pensó que el

hombre pronto se iría, pero no pudo evitar un escozor molesto en algún punto indefinido del pecho. Presentía suciedad, partículas de polvo microscópicas flotando en el aire enrarecido de la calle como minúsculas burbujas de hollín. Intento no respirar por unos instantes. Sacó el alfil para preparar el enroque corto; el rey negro pronto estaría oculto y parapetado en un rincón del tablero.

Vio al hombre caminar hasta la vereda y sentarse en el cordón adoquinado. Se estaba sacando los zapatos con gestos tranquilos y despreocupados, primero el talón y después la punta de los dedos enfundados en unas medias agujereadas. Imaginó un vaho áspero, quizás rancio, esparcido por cada pie desnudado así, tan intempestivamente, casi al alcance de sus manos. Frunció la nariz y notó que tenía uno de los orificios tapado, se dijo que a Dios gracias y buscó el pañuelo en el bolsillo trasero del pantalón, se lo acercó a los labios y aspiró esa mezcla deliciosa de fragancias tropicales, frescas y aún impregnadas al género blanco.

Molicie pública, sentenció disgustado, vicio de holganza, abandono desprejuiciado. Estaba preparando un alegato imaginario. Levantó la dama y la sostuvo indeciso ante los ojos, le costaba creer que el hombre fuera a quitarse la camisa, pero lo estaba haciendo con tanta naturalidad como él rastreaba el polvo pasando el índice por los muebles impecables de la casa. Observó esa espalda encorvada y flaca apenas arqueándose para desprender la tela empapada de transpiración.

Era verano y Lucía adoraba las noches de verano. Comparó sin quererlo la piel grasienta del hombre con la lechosa pero firme de Lucía cuando dormía desnuda a su lado. Le gustaba re-

correr con las manos el cuerpo somnoliento y perfumado de la mujer estirada en la cama como una gata; lo enardecía tocar y acariciar cada pliegue, cada hendidura y cada meandro de ese cuerpo laxo, y adivinar en la oscuridad el rosa pálido que se iba humedeciendo mientras él hundía la lengua entre el vello sedoso y abundante.

Volvió a su lugar la dama y pidió disculpas por la indecisión. Tomó el peón de la torre del rey y lo adelantó una casilla. Eso era lo correcto, se dijo mirando hacia la calle. El hombre, que estaba de espaldas a él, se rascaba la cabeza, gesticulaba y movía los codos; luego se llevó las manos a la cremallera del pantalón, decidido a desabrocharse la bragueta. Suspiró con fastidio y trató de convencerse de que no lo haría, no frente a su propia ventana. Era imposible que alguien se atreviese a quedarse en calzoncillos en medio de la calle. Pensó que el comportamiento de la gente había cambiado, que los límites morales se habían desdibujado por la confusión de ciertos valores que él tenía bien claros. La gente no sabía que el mal mayor provenía de ese sol abrasador que brillaba en la superficie pulida de los autos y que descargaba sus rayos mortíferos como dardos envenenados de lujuria. El culto de la luz, musitó observando como el hombre se quitaba los pantalones medio agachado, la religión de la claridad. Todo eso lo provoca el sol radiante. Pocos saben que la verdad reside en las tinieblas, en el misterio de las penumbras. Tomó el alfil negro de la dama y lo cruzó en diagonal hasta el centro del tablero, desde allí podía dominar la retaguardia, que estaba acorazada entre peones y torres inexpugnables, y, si lo requería el caso, podía proteger al rey paradigmático.

Lucía también amaba la noche, parecía revivir cuando las sombras del día adquirían su natural carácter de entes nocturnos. Casi no encendían las luces de la casa; se desnudaban para purificarse con el agua tibia de la ducha, se frotaban mutuamente el cuerpo hasta agotarse de cansancio. Eran felices bañándose juntos en la oscuridad, como dos niños chapoteando en un charco de luna. Reían y gozaban hasta la madrugada, cuando las primeras chispas del día se colaban en el cuarto.

El hombre ahora trataba de sacarse los calzoncillos con las manos sudorosas, pero no tenía gracia, sus ademanes eran torpes, automáticos. Notó el nacimiento de la raya negra que separa las nalgas. Insolado, razonó satisfecho con la definición que justificaba lo que estaba viendo y que era tan ridículo como descabellado. Se dijo que un hombre en sus cabales no se sienta en el cordón de la vereda para desnudarse, no, de ninguna manera, un hombre sano sabe que debe resguardarse del sol, cubrirse, ocultarse hasta que el último rayo se descuelgue del cielo conjurado por los espíritus de la noche. Sintió remordimientos por no haber cerrado antes las persianas, calculó que se hubiese ahorrado ese espectáculo desfachatado.

El mundo exterior era extraño: producía seres instintivos, agresivos, monstruos gregarios de conductas tan primitivas como las de sus ancestros más remotos y desconocidos, los que temiéndole a la oscuridad, dejaron para hacer de noche sus actos más aberrantes. ¿Qué hubiera sido de la humanidad sin la luminosidad, el brillo y el calor? Un terror constante.

Acarició la torre tomándola entre sus dedos blancos, la alzó y casi la dejó caer al suelo por mirar al hombre desnudo que se volvía hacia la ventana con su sexo erguido y desafiante. No

es posible, gritó consternado. El hombre lo miraba a él a través de los vidrios transparentes y se llevaba ambos manos al miembro tenso e hinchado; se estaba masturbando. Sintió extrañeza, asombro y rabia; sus músculos parecían haberse divorciado del cerebro, porque no podía expresar esos sentimientos con ninguna parte de su cuerpo. Le quedaba el consuelo de que nunca le había pasado algo semejante; en realidad creía que nunca nadie había presenciado un desafío tan bochornoso y humillante. Dejó caer la torre y escuchó el golpe seco de la pieza al estrellarse contra el piso, después la vio rodando por el parquet encerado hasta que se detuvo cerca del zócalo, debajo de la ventana.

No recordaba haberse masturbado en su vida, y ahora no podía discernir si era un error o una ventaja. Por otro lado, siempre consideró inútil las satisfacciones momentáneas y solitarias; con él no encajaba aquello de que el buey solo bien se lame. Prefería los placeres largos, sentirse satisfecho después de haberse fatigado. Le gustaban las sesiones extenuantes con Lucía adormilada; la mujer no se resistía y él la cabalgaba hasta el agotamiento. Hacía el amor para compartir fragancias, para habitar lo oscuro de otro cuerpo y limpiar el suyo de sustancias que, potencialmente, eran otro ser distinto de él mismo.

El hombre lo miraba a él mientras se sacudía electrizado. Creyó escucharlo vociferar "que venga la puta, que me devuelva la plata", pero quizás se equivocaba. Pronto llegó la descarga y el espasmo; unas gotas gelatinosas se incrustaron contra el vidrio de la ventana. La había ensuciado, aquel loco inmoral había profanado su ventana. Estaba petrificado, impotente para actuar, y por eso deseó que el sol estallase sobre la cabeza del hombre hasta achicharrarlo. Es un salvaje, protestó en voz alta,

y tengo que matarlo, voy a buscar un arma y apuntaré con cuidado al cuello de esa bestia, apretaré el gatillo y veré su cuerpo saltar hacia atrás fulminado por el impacto. Así los dos estaremos en paz.

Pero también pensó en la sangre y en el olor nauseabundo que iba a propalarse por el aire, después se llenaría de moscas, más tarde de gusanos y si alguien no lo retiraba de la calle habría una multitud de insectos pululando sobre la carne descompuesta. La idea comenzó a marearlo, entonces imaginó el cielo súbitamente encapotado, negro como la noche más cerrada, del cual caía un aguacero devastador que inundaba hasta el aire; el hombre se ahogaría inevitablemente y sería arrastrado por la furia de las aguas hasta desaparecer entre la marea de automóviles y árboles arrancados del suelo. Esa solución lo satisfizo.

Caminó hasta la ventana, se agachó y recogió con cierta solemnidad la torre, evitó mirar el vidrio manchado, regresó y se sentó despacio, luego se excusó por la demora. Miró detenidamente el tablero: las piezas negras estaban en desventaja, las blancas habían avanzado por todos lados, les habían tendido una feroz trampa y ahora se preparaban para el asalto final. No pudo soportarlo.

¡Al diablo!, exclamó saltando de la silla con el rey negro apretado en una mano. Salió corriendo hacia las escaleras, subió los escalones de dos en dos y se dirigió a la puerta del cuarto de Lucía y la abrió de un puntapié.

La mujer dormía desnuda de espaldas en la habitación penumbrosa, sus manos colgaban inertes a ambos lados de la cama.

-¡Eh, ramera barata! –le gritó con la cara desencajada. La mujer apenas ronroneó un quejido.

-¿Qué…? –balbuceó con los ojos cerrados.

-¡Que ya es hora de que bajes y empieces a trabajar! ¡Ya hace dos días que los clientes te están esperando!

Se quedó en el vano de la puerta hasta que la mujer se puso la bata y paso a su lado desganada, rumbo a la puerta de calle. La siguió y escuchó como llamaba al hombre y lo invitaba a entrar en la casa.

Se tranquilizó.

Volvió a la sala y se sentó frente al tablero de ajedrez. Se disculpó escuetamente por la tardanza, colocó el rey negro en su lugar y trató de pensar en los próximos movimientos, quizás los últimos antes de que le diesen jaque mate. Íntimamente deseó que Lucía no tardase demasiado. Ya faltaba poco para que se ocultara el sol.

Edición digital
Septiembre de 2013
Impreso originalmente en agosto de 1986